

LA MUJER DEL PASTOR*

Henry Lawson

La casa de dos habitaciones está construida de troncos redondos, tablones y corteza fibrosa, y el suelo es de tablones partidos. En un lado hay una gran cocina de corteza, mucho mayor que la misma casa, incluida la terraza.

Alrededor la sabana,¹ sabana sin horizonte, ya que el territorio es casi plano. No hay montañas a la vista. La sabana se compone de manzanos autóctonos enanos y carcomidos. No hay maleza. Nada que alivie la vista salvo el verde más oscuro de unas pocas casuarinas² que suspiran por encima del arroyo estrecho y casi seco. Diecinueve millas³ hasta el signo más cercano de civilización, una chabola en la carretera principal.

El pastor, un antiguo colono ilegal, está fuera con las ovejas. Su mujer y sus hijos se quedan solos aquí.

Cuatro niños andrajosos y secos juegan por la casa. De repente uno de ellos chillaba: "¡Una serpiente! ¡Madre, hay una serpiente aquí!"

La mujer, flaca y morena, sale corriendo de la cocina, coge al bebé del suelo, lo sostiene sobre la cadera izquierda y agarra un palo.

"¿Dónde está?"

"¡Aquí! Se metió en el montón de leña", chillaba el hijo mayor, un golfillo de once años con cara de pillo. "¡Para, madre! Yo le doy. ¡Atrás! ¡Yo le doy a ése!"

"Tommy, ven aquí o te morderá. ¡Ven aquí ahora mismo, en cuanto te llamo, pequeño infeliz!"

El crío va de mala gana, con un palo más grande que él. Entonces chillaba triunfante:

"¡Ahí va, debajo de la casa!", y se lanza con el palo levantado. Al mismo tiempo, el chucho grande y negro de ojos amarillos, vivamente interesado en todo lo sucedido, rompe la cadena y persigue a la serpiente. Sin embargo, llega tarde por un instante y mete el hocico en una raja entre tablones justo cuando desaparece la cola. Casi al mismo tiempo, el palo del niño cae y le despelleja el hocico. Aligátor no hace caso y se dedica a socavar el edificio; pero tras una lucha es dominado y encadenado. No pueden permitirse perderlo.

La mujer del pastor pone juntos a los niños al lado de la caseta del perro mientras vigila a la serpiente. Coge dos platos de leche y los pone cerca de la pared para tentarla a salir; pero pasa una hora y no se asoma.

Es casi el ocaso y se acerca una tormenta. Los niños deben entrar. No los puede meter en la casa, ya que sabe que la serpiente está allí, y podría salir en cualquier momento por una rendija del

tosco suelo de tablones; así que lleva bastante leña a la cocina, y luego lleva a los niños allí. La cocina no tiene suelo, o mejor dicho, es de tierra, llamado terrizo en esta parte de la sabana. Hay una mesa grande y tosca en el centro. Hace entrar a los niños y los sube a la mesa. Son dos niños y dos niñas, apenas unos bebés. Les da algo de cenar, y luego, antes de que oscurezca, entra en la casa, y coge unas almohadas y ropa de cama, esperando ver o echar mano a la serpiente en cualquier momento. Hace una cama para los niños en la mesa de la cocina, y se sienta al lado para vigilar toda la noche.

Tiene un ojo puesto en el rincón, y un garrote de madera verde listo sobre el aparador que está junto a ella; también tiene la cesta de la costura y un ejemplar del *Young Ladies' Journal*.⁴ Ha traído al perro a la habitación.

Tommy se acuesta, protestando, pero dice que estará despierto toda la noche y que machacará a esa maldita serpiente.

Su madre le pregunta cuántas veces le ha dicho que no hable así.

Tiene su garrote con él bajo las sábanas, y Jacky protesta:

"¡Mami! Tommy me está desollando vivo con su garrote. Dile que lo saque."

Tommy: "¡Cállate, enano! ¿Quieres que te pique la serpiente?"

Jacky se calla.

"Si te pica," dice Tommy tras una pausa, "te hincharás, y apestarás, y te pondrás todo rojo y verde y azul hasta que revientes. ¿Verdad, madre?"

"Basta ya, no asustes al niño. Duérmete", le dice.

Los dos niños menores se duermen, y de vez en cuando Jacky se queja de que está "estrujao". Le hacen más sitio. Luego Tommy dice: "¡Madre! Escucha a esas pequeñas zarigüeyas. Me gustaría retorcerles esos puñeteros cuellos".

Y Jacky protesta entre sueños.

"¡Pero no nos hacen daño, esos pequeños puñeteros!"

Madre: "Ves, te dije que le enseñarías a Jacky a hablar mal." Pero el comentario la hace sonreír. Jacky se duerme.

Luego Tommy pregunta:

"¡Madre! ¿Crees que conseguirán desenredar al canguro?"

"Señor, ¿cómo voy a saberlo, niño? Duérmete."

"¿Me despertarás si sale la serpiente?"

"Sí. Duérmete."

Casi medianoche. Los niños están todos dormidos y ella sigue allí sentada, cosiendo y leyendo a ratos. De vez en cuando echa un vistazo por el suelo y la platera, y cuando oye un ruido coge el garrote. Llega la tormenta, y el viento, colándose por las rendijas de la pared, amenaza con apagar la vela. La coloca en una parte resguardada del aparador y

pone un periódico para protegerla. Con cada destello del relámpago, las rendijas entre los tablones brillan como plata bruñida. Suena el trueno, y la lluvia cae torrencial.

Aligátor está tumbado en el suelo totalmente estirado, con los ojos hacia el hueco. De este modo ella sabe que la serpiente está allí. En esa pared hay grandes rajadas que se abren bajo el suelo de la casa.

No es cobarde, pero acontecimientos recientes han debilitado sus nervios. Un hijo pequeño de su cuñado fue mordido por una serpiente hace poco, y murió. Además, no tiene noticias de su marido desde hace seis meses, y está preocupada por él.

Era pastor, y se asentó allí de forma ilegal cuando se casaron. La sequía de 18** le arruinó. Tuvo que sacrificar lo que quedaba de su rebaño y salir a pastorear otra vez. Tiene intención de trasladar a su familia a la ciudad más cercana cuando vuelva, y mientras, su hermano, que tiene una choza en el camino principal, viene a verlos una vez al mes con provisiones. La mujer aún tiene un par de vacas, un caballo y unas cuantas ovejas. El cuñado mata una de ellas de vez en cuando, le da lo que necesita y se lleva el resto a cambio de otras provisiones.

Está acostumbrada a quedarse sola. Una vez vivió así durante dieciocho meses. De niña se hizo los típicos castillos en el aire; pero todas sus esperanzas y aspiraciones infantiles murieron hace mucho. Encuentra toda la emoción y el entretenimiento en el *Young Ladies' Journal*, y ¡que el Cielo la ayude!, disfruta con las ilustraciones de moda.

Su marido es australiano, y ella también. Es descuidado, pero es un marido suficientemente bueno. Si pudiera, la llevaría a la ciudad y la tendría como a una princesa. Están acostumbrados a estar separados, o al menos ella lo está. "No sirve de nada impacientarse," dice. Puede que a veces se le olvide que está casado; pero sí tiene un buen cheque cuando vuelve, se lo da casi todo a ella. Cuando tenía dinero la llevó varias veces a la ciudad, pagó un coche cama en el tren y se alojaron en los mejores hoteles. También le compró una calesa, pero tuvieron que sacrificarla con todo lo demás.

Los dos últimos niños nacieron en la sabana, uno mientras su marido traía a un médico borracho, a la fuerza, a atenderla. Estuvo sola esa vez, y muy débil. Había estado enferma con fiebre. Le pidió a Dios que le enviara ayuda. Dios le envió a la Negra⁵ Mary, la mujer negra "más blanca" del territorio. O al menos envió a King Jimmy primero, y luego él envió a la Negra Mary. Asomó su negra cara por el quicio de la puerta, comprendió lo que pasaba con un vistazo, y dijo alegremente: "Muy bien, señora, traigo a mi vieja, está por el arroyo."

Uno de los niños murió mientras estaba allí sola. Cabalgó diecinueve millas para pedir ayuda, llevando al niño muerto.

Debe de ser la una, o las dos. La llama del fuego está baja. Aligator está echado con la cabeza sobre las patas, y vigila la pared. No es un perro muy bonito, y la luz muestra numerosas heridas viejas en las que no crece el pelo. No tiene miedo de nada sobre la faz de la tierra ni debajo de ella. Lo mismo ataca a un toro que a una pulga. Odia a los demás perros, excepto a los perros para canguros, y siente una peculiar antipatía por los amigos o parientes de la familia. Raramente vienen, no obstante. A veces hace buenas migas con los desconocidos. Odia a las serpientes y ha matado muchas, pero un día le morderán y morirá; muchos perros de serpientes acaban así.

De vez en cuando la mujer deja su labor y observa, y escucha, y piensa. Piensa en cosas de su propia vida, ya que hay poco más en qué pensar.

La lluvia hará crecer la hierba, y esto le recuerda cómo luchó contra un fuego en la sabana una vez que su marido estaba fuera. La hierba era alta, y estaba muy seca, y el fuego amenazaba con quemarla a ella. Se puso un viejo par de pantalones de su marido y luchó contra las llamas con una rama verde, hasta que gruesas gotas de sudor negro como el hollín aparecieron sobre su frente y corrieron a chorros por sus brazos ennegrecidos. La visión de su madre con pantalones divirtió mucho a Tommy, que trabajó como un pequeño héroe junto a ella, pero el bebé aterrorizado berreó llamando a su "mami". El fuego la habría dominado de no ser por cuatro entusiastas hombres de la sabana que llegaron justo a tiempo. Fue un asunto totalmente embrollado; cuando fue a coger al bebé, éste lloró y pateó de forma convulsa, creyendo que era un "negro"; y Aligator, confiando más en el sentido del niño que en su propio instinto, atacó furioso, y (viejo y ligeramente sordo) no reconoció en su excitación la voz de su ama, y continuó colgado de los pantalones hasta que Tommy casi lo ahogó con una correa de la silla de montar. La pena del perro por su error garrafal, y el deseo de hacer saber que fue un error, se hicieron evidentes en la cola andrajosa y una sonrisa de doce pulgadas. Fue una ocasión magnífica para los chicos; un día para recordar, sobre el que charlar, y del que reír durante muchos años.

Piensa en cómo luchó contra una riada durante la ausencia de su marido. Estuvo durante horas bajo la lluvia torrencial, y cavó un canal de desagüe para salvar la presa al otro lado del arroyo. Pero no pudo salvarla. Hay cosas que una mujer de la sabana no puede hacer. A la mañana siguiente la presa estaba rota, y su corazón casi se rompió también, pues pensó en cómo se sentiría su marido

cuando volviera a casa y viera el resultado de años de trabajo barrido por el agua. Entonces lloró.

También luchó contra la pleuroneumonía, medicó y sangró al escaso ganado que quedaba, y lloró de nuevo cuando murieron las dos mejores vacas.

Otra vez, luchó contra un toro loco que asedió la casa durante un día. Hizo balas y le disparó a través de grietas en los tablones con una escopeta vieja. Estaba muerto por la mañana. Lo despellejó y consiguió diecisiete libras y seis peniques por el cuero.

También lucha contra los cuervos y las águilas que se interesan por sus gallinas. Su plan de campaña es muy original. Los niños gritan "¡Cuervos, madre!" y ella sale corriendo y les apunta con el palo de una escoba como si fuera un arma, y dice "¡Bang!". Los cuervos se marchan a toda prisa; son astutos, pero una mujer es mucho más astuta.

En alguna ocasión algún hombre de la sabana totalmente abatido, o algún borrachín con muy mal aspecto, viene y le da un susto de muerte. Normalmente le dice al extraño de pinta sospechosa que su marido y sus dos hijos están trabajando por debajo de la presa, o en el corral, ya que astutamente suelen preguntar por el jefe.

Apenas la semana pasada un vagabundo con cara de horca, satisfecho al ver que no había hombres por allí, tiró su hato en la terraza y exigió provisiones. Ella le dio algo de comer; entonces él expresó su intención de quedarse a pasar la noche. Se estaba poniendo el sol. Ella sacó un listón del sofá, soltó al perro y se enfrentó al extraño con el listón en una mano y el collar del perro en la otra. "¡Ahora lárgate!", dijo. La miró a ella y al perro, dijo "De acuerdo, mami", con un tono servil, y se marchó. Era una mujer de aspecto decidido, y los ojos amarillos de Aligator echaban chispas; además, el aparato masticador del perro se parecía enormemente al del reptil del mismo nombre.

Tiene pocos placeres en qué pensar mientras está sentada aquí sola junto al fuego, en guardia por una serpiente. Todos los días son muy parecidos para ella; pero los domingos por la tarde se viste, arregla a los niños, pone guapo al bebé, y sale a dar un solitario paseo por la pista de la sabana, empujando un viejo cochecito. Lo hace todos los domingos. Pone tanto cuidado en arreglarse a sí misma y a los niños como si fuera a dar una vuelta a la manzana en la ciudad. No hay nada que ver, sin embargo, y ni un alma a quien encontrarse. Se podría caminar veinte millas por esta pista sin poder fijar un punto en la mente, a menos que se sea un hombre de la sabana. Es por la eterna y desesperante igualdad de los árboles achaparrados, esa monotonía que hace que un hombre se escape y

viaje hasta donde los trenes puedan llevarlo, y que navegue hasta donde los barcos puedan llegar, y más allá.

Pero esta mujer de la sabana está acostumbrada a esta soledad. Cuando era una esposa joven lo odiaba, pero ahora se sentiría rara lejos de aquí.

Se alegra cuando vuelve su marido, pero no exagera ni hace aspavientos. Le prepara algo bueno de comer, y arregla a los niños.

Parece conforme con lo que le ha tocado. Quiere a sus hijos, pero no tiene tiempo de demostrarlo. Parece severa con ellos. El entorno no favorece el desarrollo del lado "femenino" o sentimental de la naturaleza.

Debe de ser ya casi de día; pero el reloj está en la casa. La vela casi se ha consumido; se olvidó de que no tenía más velas. Hay que traer más leña para mantener vivo el fuego, así que encierra al perro dentro y va corriendo a la leñera. La lluvia ha cesado. Coge un palo, tira y ¡crack!, se viene todo el montón abajo.

Ayer hizo un trato con un vagabundo negro para que le trajera leña, y mientras trabajaba ella se fue a buscar una vaca perdida. Estuvo fuera una hora más o menos, y el nativo negro aprovechó bien el tiempo. Cuando volvió se quedó atónita al ver un buen montón de leña junto a la chimenea, así que le dio una pizca más de tabaco, y le alabó por no ser perezoso. Él le dio las gracias, y se marchó con la cabeza alta y el pecho fuera. Era el último de su tribu y era rey; pero había hecho el montón de leña hueco.

Está dolorida ahora, y las lágrimas se asoman a sus ojos mientras se sienta de nuevo junto a la mesa. Coge un pañuelo para secarse las lágrimas, pero se mete los dedos desnudos en los ojos. El pañuelo está lleno de agujeros, y descubre que tiene el pulgar en uno y el índice en otro.

Esto la hace reír, para sorpresa del perro. Tiene un agudo, muy agudo, sentido del ridículo; y en alguna ocasión entretendrá a los hombres de la sabana con la historia.

Ya la han entretenido antes así. Un día se sentó "a llorar a gusto", y el viejo gato se restregó contra su vestido y "lloró también". Entonces tuvo que reírse.

Ya casi debe de haber luz del día. La habitación está muy cerca, y está caliente por el fuego. Aligator aún vigila la pared de vez en cuando. De repente pone mucho interés; se acerca un poco a la rendija, y un estremecimiento le recorre todo cuerpo. El pelo de la parte de atrás del cuello empieza a erizarse, y los ojos amarillos se le iluminan con la batalla. Ella sabe lo que esto significa, y coge el garrote. La parte baja de uno de los tablones tiene una enorme grieta en ambos lados. Un par de ojos malvados brillantes como cuentas reluce en uno de los agujeros. La serpiente —que es negra— sale despacio, aproximadamen-

te un pie⁶, y mueve la cabeza arriba y abajo. El perro está quieto, y la mujer sigue sentada fascinada. La serpiente sale otro pie. Levanta el garrote, y el reptil, advirtiendo de repente el peligro, mete la cabeza por la grieta del otro lado del tablón, y se apresura a meter la cola. Aligator salta, y sus mandíbulas se cierran con un chasquido. Falla porque tiene el hocico grande y porque el cuerpo de la serpiente está muy bajo en el ángulo que forman los tablonés y el suelo. Da otro mordisco cuando la cola vuelve a salir. Ha cogido a la serpiente, y saca a rastras dieciocho pulgadas⁷. Plof, plof. Aligator da otro tirón y saca la serpiente — una bestia negra de cinco pies de largo. La cabeza se eleva para atacar, pero el perro tiene a su enemigo cogido cerca del cuello. Es un perro grande y pesado, pero rápido como un terrier. Sacude a la serpiente como si sintiera la maldición original en común con la humanidad. El chico mayor se despierta, coge su garrote e intenta salir de la cama, pero su madre le obliga a volver agarrándolo con mucha fuerza. Plof, plof, el espinazo de la serpiente se rompe en muchos trozos. Plof, plof, la

cabeza está machacada, y el hocico de Aligator pelado otra vez.

Levanta al reptil destrozado con la punta del garrote, lo lleva al fuego y lo arroja dentro; entonces amontona la leña y observa cómo se quema. El chico y el perro observan también. La mujer pone la mano en la cabeza del perro, y la luz fiera y airada se apaga en sus ojos. Los niños más pequeños se calman, y en seguida vuelven a dormir. El chico de piernas sucias permanece un momento de pie con la camisa puesta, observando el fuego. Luego la mira, ve las lágrimas en sus ojos, y, echándole los brazos al cuello exclama:

“Madre, yo nunca seré pastor; ¡que me cuelguen si lo hago!”

Y ella lo estrecha contra su consumido pecho y le da besos; y se sientan juntos de este modo mientras la enfermiza luz del día rompe la sabana.

TRADUCCIÓN DE M^ª MERCEDES GARCÍA BOLÓS

* La traducción se basa en el texto de Lawson que aparece en *Creating Australia. An Anthology of Texts*, ed. by Catherine Staveley, Universidad de Murcia, Murcia 1994.

Notas

¹ En inglés *bush*. Este término tiene en Australia un significado especial, ya que se refiere al territorio prácticamente desértico y despoblado que ocupa la mayor parte del país. Apenas hay vegetación, el agua no abunda y aparentemente no hay demasiados animales.

² Árbol alto similar al pino, originario de Australia y el Sureste asiático, cuya madera es de gran calidad.

³ Una milla equivale a 1,609 kilómetros, por lo que hablamos de más de 30 kilómetros hasta la civilización.

⁴ Se trata de una revista femenina, “Revista para jóvenes damas”.

⁵ Los aborígenes australianos son de piel muy oscura, aunque no son negros como los africanos. Los primeros ingleses, al verlos, no supieron distinguirlos, y por eso los llaman “black”, negros.

⁶ Un pie equivale a 30,48 centímetros. Como veremos a continuación, la serpiente mide cinco pies, o sea, metro y medio.

⁷ Una pulgada equivale a 2,54 centímetros.

